

—Lerdo tiene que ser el que V. A. engañe.—Dirán todos: debajo de este sayal hay al...

Subió D.^a Magdalena a un torreón de la muralla que rodeaba el Abrojo, para despedirle, con Fr. Juan de Calahorra, el Prior y otros religiosos, y al verle, anegada en lágrimas, volver la cabeza y sonreír en el último recodo del camino, su ciego corazón no adivinó que desaparecería para siempre, que no le volvería a ver nunca, que antes de dos años estarían hechas polvo tanta juventud, tanta gallardía, tanta grandeza, y que aquel amor tan puro y tan profundo sería en su ancianidad solo un recuerdo!



XIII

QUIISO D. Juan de Austria compensar su tardanza en emprender el viaje con su prisa en ejecutarlo, y con tal rapidez lo hizo y tantos trabajos, que con razón pudo escribir con su habitual buen humor a sus grandes amigos el Conde de Orgaz y D. Rodrigo de Mendoza: «Octavio viene muy deshecho de nalgas, y lo mismo le acaecería a su Señoría, si hubiera dormido tan poco, corrido tanto y pasado lo que nosotros, que íbamos llamando muchas veces: «¡Ah don Rodrigol ¡Ah Conde de Orgaz!»

El 20 de Octubre escribió al Rey desde Ventosa: el 24 hízolo desde Irún anunciando que pasaba la frontera solo con Octavio Gonzaga, por quedar Honorato de Silva enfermo en Fuenterrabía: el 31 de Octubre a las seis de la mañana le escribió desde París, lamentándose de los ruines caminos y malas postas y de haber caminado dos días con un mercader francés, que tomó tan por lo serio su disfraz de criado, que le cargó tres postas con su maleta: el 3 de Noviembre por la noche llegó finalmente a Luxemburgo, desde donde escribió lo primero al Consejo de Bruselas, que tenía el Gobierno interino en representación del Senado, y a los cabos de la gente de guerra española notificán-

doles su llegada y el cargo del Rey que traía; y a D. Felipe escribióle también dándole cuenta de la terrible perturbación de aquellas provincias, de la soledad absoluta en que se veía de servidores, amigos y partidarios, y de las dificultades que se ofrecían para que le entregasen el mando y le reconociesen como Gobernador de aquellos Estados.

La llegada de D. Juan de Austria no pudo ser, en efecto, en circunstancias más difíciles y peligrosas: el mismo día que pisó tierra de Flandes, 3 de Noviembre, fué la toma de Amberes y su horrible saqueo por los tercios españoles y alemanes, que amotinados y furiosos, se cobraron entonces de mala y cruel manera las pagas atrasadas que maliciosamente les retenía el Consejo de Bruselas. Aterrado éste, autorizó a todos los ciudadanos para armarse y decretó por sí y ante sí la expulsión de las tropas extranjeras de los Estados. En tan mala coyuntura llegaron las cartas de D. Juan de Austria al Consejo de Bruselas y a los tercios amotinados y vencedores en Amberes. Obedecieron éstos al punto deponiendo las armas como les mandaba aquel General tan amado y respetado, y hubo gran regocijo entre ellos al saber que le tenían por Gobernador y Capitán General. Pero los del Consejo, divididos entre sí, negábanse unos a entregar el mando a D. Juan; temían otros tamaño desafuero contra la autoridad del Rey, y solo se concertaban en pedir consejo al Príncipe de Orange, Guillermo el Taciturno, oráculo y astuto incitador de todos aquellos rebeldes más o menos encubiertos.

La respuesta de Orange fué categórica: no se podía vender la libertad comprada a costa de tanta sangre, entregando el mando al Austriaco: y caso de que faltase corazón a los del Consejo para retenerlo, había antes de exigirse a D. Juan con *imperio y arrogancia*, que confirmase con juramento la *pacificación de Gante*, uno de cuyos artículos

era la expulsión de todas las tropas extranjeras del territorio flamenco. Esta *pacificación de Gante* era en sí misma un acto de rebeldía e independencia; pues reduciase a un convenio de paz celebrado en aquella ciudad entre el Príncipe de Orange y el Consejo de Bruselas en nombre del Rey, y como Gobernador interino, pero sin conocimiento ni autorización de Felipe II.

Aceptó el Consejo esta segunda parte de la respuesta de Orange, no teniendo, en efecto, corazón para oponerse a D. Juan abiertamente, y enviola a éste con el senador Iskio; pero redactada en términos tan descomedidos y altaneros, que, perplejo el Embajador, no sabía qué temer más; si desafiar la cólera del Senado rehusando llevarla, o provocar la de D. Juan, siendo portador de ella. Y como se aconsejase con un su amigo que tenía a la sazón huésped en su casa, éste le dijo:—Toma, Iskio, mi consejo, y para este nudo Gordiano, usa de la espada de Alejandro: cuando estuvieres a solas con el Austriaco, saca el acero con gentileza y enváinalo en el cuerpo de este hombre fraudulento y pernicioso para Flandes; y quedarás libre de que el muerto se dé por ofendido, y cierto de la gracia del Senado.—Horrorizóse Iskio comprendiendo que este era el deseo general en Flandes, y resolvióse a llevar la embajada a D. Juan, suavizando sus términos por su propia cuenta, con la mayor moderación posible. Mas fué tal la mesura y dignidad con que rehusó D. Juan contestarle, y tan benévola la acogida que hizo personalmente a Iskio, comprendiendo sus buenos intentos, que entusiasmado éste y subyugado por completo, hizo de vuelta en Bruselas un caluroso elogio de D. Juan delante del Senado, lo cual le valió injurias y malos tratos de muchos, y que excitado peligrosamente su ánimo por tantos afectos encontrados, perdiere la razón de allí a pocos días.

Hicieron sin embargo impresión en el Consejo las razo-

nes de Iskio y decidió enviar a D. Juan una segunda embajada con Juan Funk, esta vez muy cortés y respetuosa, pidiéndole que se dignase ratificar la paz de Gante. Contestó D. Juan con igual mesura y dignidad que necesitaba tiempo para pensarlo y para estudiar detenidamente los dieciocho artículos de dicho convenio: recelaba que contuviesen algo contra la Religión Católica y quería someterlos antes al dictamen de teólogos. Hallábase D. Juan, por otra parte, muy perplejo en lo de expulsar del territorio flamenco a los tercios españoles y sujetó este punto a la opinión de los dos únicos consejeros de confianza que allí tenía, Octavio Gonzaga y Juan de Escovedo (1).

Gonzaga respondió prontamente sin titubear, como hombre repleto de una idea que aprovecha la ocasión de lanzarla fuera, que no creía decoroso ni prudente despedir a los tercios españoles; no era decoroso, porque un Gobernador representante del Rey de España, no debía someterse a otras condiciones que a las impuestas por el mismo Rey; no era prudente, porque una vez fuera de Flandes los tercios españoles, quedaban la autoridad real y la persona de D. Juan que la representaba, desamparadas, solas y sin apoyo en aquel país de rebeldes descarados, enemigos encubiertos, y tibios amigos que podrían impunemente, el día que quisiesen, burlarse de la una, y dar al traste con la otra. Escovedo opinaba, por el contrario, que los tercios españoles debían salir cuanto antes de Flandes: porque la voluntad del Rey era la paz a todo trance, cediendo en todo lo que no fuera contra la Religión y la autoridad real; y la

(1) Estos tercios españoles eran aquellos famosos de que el Gran Almirante de Francia, vencido por ellos, escribía a Lautrech, «Sabéis vos lo que son 5.000 españoles? 5.000 españoles son 5.000 hombres de armas, 5.000 caballos ligeros, y 5.000 infantes, y 5.000 gastadores, y 5.000 demonios!»

expulsión de los españoles no era contra una ni contra otra, y era necesaria para conseguirla en el actual estado de cosas. Parecíale además que la noble confianza con que don Juan se ponía así en manos de los flamencos, obligaría más a éstos a obrar lealmente, y en el caso contrario que suponía Gonzaga, no estaban tan desprovistos de tropas alemanas que no pudieran resistir, ni tan lejos los españoles que no pudieran llamarse y llegar a tiempo. Urgía también Escovedo a D. Juan y apretábale en secreto con este otro argumento: si la expulsión de los tercios aseguraba la paz en Flandes, como era opinión del Consejo, podría emprenderse de seguida la jornada de Inglaterra y utilizar en ella estos mismos temidos y famosos tercios, como el mismo Felipe II indicaba en su carta del Pardo, que en aquellos días acababa de recibir D. Juan.

Harto tenía éste pesadas y medidas estas razones, y porque veía claramente que la dignidad del nombre de España estaba en la opinión de Gonzaga, y el interés de la jornada de Inglaterra, sueño dorado suyo, en la de Escovedo, no osó resolver por sí solo, temeroso de dejarse llevar del propio gusto y conveniencia, y remitió lealmente la consulta a Felipe II para que él decidiese. Al mismo tiempo enviábale también los dictámenes de cuatro Obispos, doce Abades, catorce teólogos eminentes en oficios y dignidades, nueve doctores, y catedráticos, y cinco juristas de Lovaina, opinando todos que en nada perjudicaban ni a la religión ni a la autoridad real los dieciocho artículos de la paz de Gante.

Mientras tanto llegaban a Luxemburgo a dar la bienvenida a D. Juan comisiones de aquella parte del clero y la nobleza que se decía públicamente leal a España y afecta a Felipe II, y todos le urgían también a que despidiese las tropas españolas cuanto antes, añadiendo razones y propó-

sitos, advertencias y consejos atrevidos y hasta descortes, que probaban bien a las claras hasta qué punto era antipático y aun odioso en Flandes el nombre español. Vino en una de estas comisiones el Obispo de Arrás con el Barón de Liquerque y el Marqués de Havré, que era hermano del Duque de Arschot, y había estado en España varias veces y recibido mercedes y pruebas de confianza de Felipe II; pues como viese este Marqués que sus compañeros se entretenían o fingían entretenerse en un extremo del aposento, cogió aparte a D. Juan en el otro extremo y propúsole sin rodeos, ni temor de Dios, ni respeto a su persona, *que se alzase con todo y se enseñorease de los Estados, que ellos le ayudarían...* La oleada de ira y de vergüenza que subió al rostro de D. Juan cortóle la palabra y llevóse maquinalmente la mano a la daga; por lo cual dicen Vander-Hammen y Porreño al referir este hecho de D. Juan «que no pudiendo sufrir este golpe que tocaba a lo vivo de su fidelidad, sacó su daga y le hirió con notable indignación».

Don Juan fué más heróico que todo esto; pues por prudencia y por lealtad y servicio del Rey, calló y devoró la afrenta, y así lo refiere Escovedo al Rey en carta del 21 de Enero de 1577. «... y para dar aviso a V. M.^d para que vea los buenos y leales vasallos que tiene por acá, y lo que le aman, sepa que el marqués de Abré, de su parte y de otros, *tentó al S.^{or} D. Juan, ofreciéndole para sí todo esto y que no perdiera la ocasión*, y aunque procuró desviar la plática, haciendo que no entendía, fué tan atrevido y desvergonzado que lo reiteró. Respondióle que Dios guardase a V. M.^d, que muy buen rey tenían y que no les convenía mudarle; y juróme que estaba movido de darle un gran bofetón, y que lo hiciera, si no fuera por no dañar el negocio principal.»

Don Juan habla del caso muy embozadamente en una de sus cartas a D. Rodrigo de Mendoza. «Ha venido últimamente por comisario y embajador de los Estados, juntamente con otros, el marqués de Abré, tan sin vergüenza ni respeto que para nada le tuvo, pues claramente habla de todo, pasando del pie a la mano sin respeto alguno como digo».

Llegó por fin la respuesta de Felipe II ordenando a don Juan que firmase sin demora *la pacificación de Gante* y mandase a los tercios españoles salir cuanto antes de Flandes... Don Juan sintió un movimiento de humillación dolorosa y otro de desaliento profundo; porque para despedir a los tercios era menester empezar por pagarles lo que se les debía, y D. Felipe no hablaba de esto ni tampoco mandaba dinero alguno.





EN medio de estas luchas y ansiedades que habían hecho experimentar a D. Juan lo que nunca hasta entonces sufriera, humillaciones y desprecios, tuvo una satisfacción que debió ser inmensa, pero que muchas y variadas circunstancias amargaron: la de conocer a su madre y abrazarla por primera y última vez en la vida. No bien llegó D. Juan a Luxemburgo escribió a esta señora a Gante, donde a la sazón se hallaba, invitándola a venir a verle, puesto que él no podía visitarla por entonces, según debería; y como en la fría insustancialidad de Bárbara Blomberg no contestase a esta carta ni tampoco viniera, envióle don Juan un segundo mensaje, acompañado esta vez de todo el aparejo necesario para que con comodidad y decoro hiciera el viaje. Llegó Bárbara Blomberg y conocieronse la madre y el hijo: no sabemos el efecto que causaría en ella la presencia de este hijo tan brillante y tan glorioso que hasta entonces solo indiferencia le inspirara: en cuanto a él, fuera aparte del respeto y el amor natural debido al nombre de madre, hizo la suya desagradable efecto, quizá por haberse forjado el ideal de la madre y la viuda sobre los mol-

des a la vez austeros y elegantes de la señorial D.^a Magdalena de Ulloa.

Contaba entonces Bárbara Blomberg más de cincuenta años y conservaba los restos de una gran hermosura que ella pretendía realzar aún con afeites y galas impropias de su edad y de su estado: carecía, sin embargo, de aquella distinción y majestad nativas que caracterizaba entonces, más que ahora, a las señoras de noble arcunia; porque la educación que afina y pulimenta y nivela hoy en cierto modo las clases, era en aquella época exclusiva de las damas de alto rango. No pertenecía, ciertamente, la Blomberg a esta privilegiada clase, aunque para realzar la prosapia materna de D. Juan, varios historiadores lo aseguran: era sencillamente una *burguesa* de Ratisbona, hija de un ciudadano de mediana hacienda. A los tres años de nacido D. Juan, casóse con Jerónimo Kegel, que no era tampoco un noble caballero, sino un pobre *hère*, como le llama Gachard, que por un modesto empleo en la corte de la Reina D.^a María, Regente entonces de Flandes, comprometióse a darla su nombre y encubrir su deshonor.

Quedó viuda Madama Blomberg, que desde entonces así empezó a llamarse, por Junio de 1569, y entonces empezó a revelarse libremente su carácter frío, insustancial, terco, manirroto sin generosidad y, como decía el Duque de Alba, *tan alegre de cascos como dura de mollera*. Pero lo que sorprende verdaderamente en esta señora es la indiferencia que mostró siempre por su hijo D. Juan, que por la alteza y brillo de su nombre parecía llamado a ser su gloria y su orgullo, y por lo amante, respetuoso y solícito de ella, su encanto y su dicha. Existe en el Archivo de Alba una carta de D. Juan a su madre, única que se conoce, que comienza de esta manera: «Señora, muchos días a que no e tenido nueva alguna de V. m., con que me da mucho cuy-

dado, aviéndole yo escrito y suplicado y últimamente de Mesina, que siempre se acordase de avisarme de su salud y de todo lo demás que fuere su gusto, pues demás de la obligación que tengo, como hijo que soy de V. m., de procurárselo, tengo también mucho deseo de dársele, por estar cierto que, como a buena madre y señora que me es, se lo debo, etc., etc.» Compárese esa carta con esta otra del mismo D. Juan a D.^a Magdalena de Ulloa, y veráse claramente que si Bárbara Blomberg era de hecho la madre de D. Juan, la que correspondía amorosamente a su cariño de hijo era la ilustre viuda de Luis Quijada: «Señora: Beso las manos de V. md. por el cuidado que tiene de responder siempre a mis cartas, pues lo principal, porque lo que deseo es por saber a la continua de la salud y estado de V. md.»

Una vez muerto Kegel pidió D. Juan a Felipe II que acudiese en socorro de su madre, y éste mandó al Duque de Alba, gobernador a la sazón de los Países-Bajos, que hiciese visitar a Madama Blomberg y le insinuase que teniendo en España un hijo tal como el suyo, debía de fijar allí su residencia. Contestó Madama Blomberg que tendría sin duda mucho gusto en ver a su hijo, pero que no le hablasen de ir a España, porque ella sabía muy bien el modo como encerraban allí a las mujeres, y que ni hecha pedazos consentiría nunca en ir a semejante país. Señalóle entonces Felipe II una renta anual de 4.944 florines, con la cual se instaló ella con un lujo y ostentación que no era posible sostener con estos medios: tenía a su servicio una dueña y seis doncellas, un mayordomo, dos pajes, un capellán, un despensero, cuatro criados y un coche con todos sus accesorios de palafreros y caballerías. Entonces comenzó también aquella vida alegre y poco decorosa de festines y banquetes que dió lugar a los avisos y quejas del Duque de Alba, y a las amonestaciones primero y medi-

das violentas después de Felipe II, que no pudieron, sin embargo, efectuarse por los disturbios políticos, hasta la llegada de D. Juan a Flandes. Hízose con esto más necesaria que nunca la salida de Bárbara Blomberg de aquellos países, para que no comprometiese la autoridad de D. Juan en aquellos difíciles momentos con sus ligerezas y frecuentes imprudencias; y como ni con ruegos ni con prudentes razones pudiera recabar D. Juan de la invencible terquedad de su madre que fuese a España, resolvióse a enviarla usando de la estratagema que de mucho tiempo antes tenía pactada con su hermano Felipe II.

Dijola que su hermana D.^a Margarita de Austria tenía gran deseo de conocerla y que la invitaba a pasar con ella algunos meses en su palacio de Aquila, en los Abruzzos. Halagó extraordinariamente a Madama Blomberg este convite de toda una Duquesa de Parma, y aceptólo en seguida con la sola condición de fijar luego su residencia donde mejor le pareciera. Vino en ello D. Juan y partióse Bárbara Blomberg para Italia con toda su servidumbre a mediados de Marzo de 1577. Envió D. Juan con ella como mayordomo extraordinario a un hombre de toda su confianza, llamado Pero Sánchez, muy práctico en viajes, y que llevaba instrucciones secretas. Al llegar a Génova encontraron una galera muy lujosa y bien dispuesta, que dijo Pero Sánchez era la aparejada para llevarles a Nápoles y seguir de allí por tierra a los Abruzzos: embarcáronse sin desconfianza alguna, y después de algunos días de navegación penosísima, dieron vista a las pardas montañas de Vizcaya, tan distintas de las azuladas costas de Nápoles, donde pensaban arribar. La galera había hecho rumbo a España y se hallaban en Laredo.

Mientras tanto, avisada D.^a Magdalena de Ulloa por don Juan, esperaba en aquel puerto a Bárbara Blomberg; y sus

hermanos los Marqueses de la Mota esperábanla también en San Cebrián de Mazote, de donde eran señores, dispuestos a secundar en aquel difícil recibimiento a la ilustre viuda de Luis Quijada. Necesitábase en efecto todo el tacto, toda la paciencia y todo el amor que profesaba D.^a Magdalena a D. Juan de Austria, para amansar aquella fiera embravecida que desembarcó en Laredo el día 3 de Mayo bajo la figura de Bárbara Blomberg. Condújola D.^a Magdalena en seguida al castillo de San Cebrián de Mazote, donde el Marqués de la Mota y su mujer la recibieron con mucho cariño y la agasajaron espléndidamente; y tales trazas se dió la buena y discreta D.^a Magdalena, que en los tres meses y medio que tuvo a Madama Blomberg a su lado, trocó la enfurecida fiera en manso cordero, y cuando llegó la hora de separarse pidió ella misma retirarse al convento de dominicas de Santa María la Real, situado en el mismo pueblo de San Cebrián, donde D.^a Magdalena le mandó preparar un cómodo departamento aislado en que podía entrar y salir libremente.

Desde el 3 de Mayo de 1577 en que desembarcó Bárbara Blomberg en Laredo, hasta fines de 1579 en que muerto ya D. Juan le señaló Felipe II una renta de tres mil ducados, corrieron todos sus gastos por cuenta de D.^a Magdalena de Ulloa. Consta esto sin ningún género de duda, por las cuentas presentadas por esta señora en la testamentaría de D. Juan de Austria, cuyo original, firmado de su mano, existe en el Archivo de Alba, con este título.—«Lo que yo doña Magdalena de Ulloa he pagado por virtud de dos cartas del serenísimo señor don Juan de Austria, que sea en gloria, la una fecha en Lobayna á 23 de Abril de 1577, la otra en Bruselas a quatro de Julio del dicho año, para el gasto de Madama de Blomberg su madre, así en adereçar su aposento como en el gasto ordinario y ex-

traordinario de su persona y criados y gajes y bestidos y otras cosas algunas de menaje, forzosas y necesarias todas para su servicio, lo cual se entregó todo a sus criados y lo que para este efecto he dado es lo siguiente». Sigue la cuenta detallada del dinero entregado a Madama Blomberg; o a sus mayordomos, dispuesto en treinta y seis partidas; viene después lo reembolsado por la misma D.^a Magdalena en tres partidas por mano de Melchor de Camargo, Juan de Escovedo y Antonio Pérez y concluye este curioso documento haciendo el siguiente balance y protesta: «Por manera que lo que yo he pagado por horden de Su Alteza conforme a las dichas cartas en lo tocante a labrar la casa y los demás adherentes della y al sustento de la casa y criados de la dicha Madama su madre, monta un quento y trescientos y cuarenta mil y ciento y noventa y dos maravedises, los cuales todos así como dije en las partidas, los he entregado y dado a madama y sus criados, en Dios y en mi conciencia; y lo que he rescibido a quenta dello monta nobescientos y diez y siete mil y seiscientos y ochenta y ocho maravedises: por manera que alcanza a los bienes del dicho señor D. Juan por cuatrocientos y veinte y dos mil y quinientos y quatro maravedises: y certifico que la quenta y las partidas della, así del recibo como de la data, en mi consciencia que son ciertas y verdaderas, y que se me debe el dicho alcance y que no he rescibido ni se me a dado otra cosa alguna a quenta del, y por ser esto así verdad dí esta firmada de mi mano y de mi nombre ques fecha en Valladolid a catorce días del mes de Julio de mil y quinientos y ochenta y dos años: *Doña Magdalena de Ulloa*».

Queda, pues, probado que D. Juan de Austria asistió y proveyó a su madre de todo lo necesario hasta última hora, ayudado por D.^a Magdalena de Ulloa: y ya en el trance de

la muerte encomendóla a su hermano D. Felipe por medio de su confesor el P. Dorante, por lo cual Felipe II le señaló 3.000 ducados de renta mientras viviera. Madama Blomberg, sin embargo, presentó un memorial al Rey, no bien hubo muerto D. Juan, reclamando la herencia de este como legítima y única heredera: desechóse sin titubear esta demanda, porque D. Juan no tenía bienes algunos propios, y superaban con mucho las deudas que dejaba al valor de las alhajas y muebles que poseía.

Vivió varios años Bárbara Blomberg pacíficamente en el convento de Santa María la Real; pero como la constancia y la quietud no eran sus mayores ni sus menores virtudes, aburrióse al cabo de tanto reposo y pidió a Felipe II que la trasladase a otra residencia. Puso entonces este a su disposición la casa del infortunado Escovedo, situada en Colindres, y allí se retiró y allí murió el mismo año que Felipe II (1598) dejando dispuesto que se enterrase su cadáver en el convento de Franciscanos de la villa de Escalante.

Tuvo Bárbara Blomberg de su matrimonio con Jerónimo Kegel dos hijos: ahogóse el menor en una cisterna de su propia casa, a los ocho días de muerto su padre. El mayor, que se llamaba Conrado, tomó el apellido de Pyramus que solía usar su padre unido al de Kegel: comenzó el estudio de los sagrados cánones costeados largamente por D. Juan, y abandonólos a la muerte de éste, arrastrado por su afición a las armas. Protegido por Alejandro Farnesio entró en el ejército y llegó a Coronel: casóse con la Baronesa de Saint-Martín, y murió antes que su madre Bárbara Blomberg: en vida todavía de ésta vino a España la viuda de Conrado Pyramus, y allí murió no sabemos dónde ni en que fecha.



ON el corazón henchido de vergüenza y desaliento firmó al fin D. Juan de Austria la paz de Gante con el nombre de *Edicto perpetuo* el 14 de Febrero de 1577. Avergonzábale, porque humillante era para España y para su Rey y también para él, que le representaba, ceder a las exigencias insolentes y groseras de aquella turba de rebeldes y herejes disimulados; y le desalentaba porque, al firmar aquel papel, destruída de una sola plumada, con muy dudoso provecho, la brillante esperanza de la jornada de Inglaterra, su dorado y caballeresco ensueño.

Era, en efecto, en aquellos momentos la clave de toda aquella empresa, la salida de los tercios españoles de Flandes; porque con el pretexto de embarcarlos para España, podía D. Juan irlos acercando a las costas de Holanda, y lanzarlos desde allí sobre Inglaterra, donde todo estaba preparado para recibirlos y ayudarlos. Mas temeroso el Príncipe de Orange de que aquellos temidos tercios se acercasen a las dos provincias que él tenía como usurpadas, Holanda y Zelanda, opúsose enérgicamente al embarque, y logró que los Estados indicasen a D. Juan con su descomedimiento ordinario, que los tercios no saldrían embarcados por aquella parte del Norte, sino que marcharían por

tierra con dirección a Italia. Entablóse entonces un violento altercado entre el Consejo de Bruselas y D. Juan de Austria, que estuvo a pique de romper todas las negociaciones hasta entonces hechas; porque D. Juan agotó toda su paciencia y sufrimiento, y el Consejo toda la insolencia con que se proponía cansarle y exasperarle. Mas asustado Felipe II y temeroso de que se rompiese la paz, que era todo su anhelo, cortó la contienda mandando a D. Juan de Austria que saliesen los tercios por tierra como los Estados deseaban.

Bajó D. Juan entonces la cabeza y firmó el Edicto perpetuo, sacrificando así con su obediencia la esperanza de un reino que era a la sazón más que nunca fundada. Porque justamente en aquellos mismos días había llegado a Luxemburgo Monseñor Filippo Sega, Obispo de Ripa-Tranzone, que enviaba Gregorio XIII a Flandes con el carácter de Nuncio cerca de D. Juan de Austria: traía la misión aparente de aconsejar y guiar a éste para que en sus tratos con los herejes no resultase perjuicio alguno para la Iglesia Católica; pero venía en realidad para entregar a D. Juan las Bulas de Gregorio XIII concediéndole la investidura del reino de Inglaterra; para darle 50.000 escudos de oro que el Papa destinaba para ayuda de aquella empresa, y ofrecerle 5.000 infantes bien armados que la Santa Sede aprontaba para lo mismo, y que solo esperaban un aviso de don Juan para embarcarse para Inglaterra. Este socorro inesperado del Pontífice, unido a los avisos de los Lores ingleses y escoceses, de estar ya todo preparado allí, y dispuesto, prestaban al resultado de la empresa una seguridad que hacía aún más doloroso y desesperante el tener que renunciar a ella.

No obstante esto, D. Juan sacrificó sus esperanzas prestas ya a realizarse, humilló su amor propio tan cruelmente

herido, y sofocó sus legítimas aspiraciones por obedecer lealmente al Rey su hermano, y sin pérdida de tiempo dió orden a los tercios españoles de reunirse en Mastrich para salir de Flandes con dirección a Italia. Y sucedió entonces lo que desde un principio tenía D. Juan previsto: que los tercios obedecieron *porque era D. Juan quien lo mandaba*; pero obedecieron murmurando del Rey, quejándose amargamente de cómo les trataba, prometiendo que muy pronto tornarían a llamarlos, y reclamando antes de salir, con harta razón y justicia, sus pagas atrasadas.

Vióse entonces D. Juan en un nuevo conflicto: los Estados, que eran los que debían pagar a los tercios, negáronse a dar más de la tercera parte de lo que se les adeudaba, y por un contrasentido que ponía de manifiesto su mala fe, negábanse al mismo tiempo a reconocer por Gobernador a D. Juan y a entregarle el mando, mientras los tercios no salieran de Flandes. Por otra parte no venía de España dinero alguno a pesar de les repetidas reclamaciones de don Juan y las violentas cartas de Escovedo; ni había podido éste mendigando por todas las casas de contratación y Bancos del país, encontrar quien les prestase la suma necesaria, porque el crédito del Rey de España, como fiel pagador, estaba en Flandes por los suelos.

En tan apurado trance, llegóse D. Juan a Monseñor Sega, y descubriéndole su apurada situación, pidióle prestados, para pagar a los tercios, los 50.000 escudos de oro destinados por Gregorio XIII a la malograda jornada de Inglaterra, empeñando su palabra y juramento, en nombre del Rey su hermano, de que pronto y seguramente le serían devueltos (1). Pudo Escovedo agenciarse por su parte, em-

(1) Consta este préstamo por los despachos de la Diplomacia Pontificia en España, y consta también que en 1582 aún no se había pagado la deuda, porque entre las instrucciones de negocios pendientes dejadas por

peñando también su propio crédito y juramento, la suma que aún restaba y pagóse así aquella peligrosa deuda, a costa de las esperanzas de D. Juan y de la abnegación del Secretario. De esta manera salieron al fin de Flandes los famosos tercios por el camino de Italia, capitaneados por el Conde de Mansfeld, con gran regocijo de los flamencos rebeldes, que veían ya el campo libre para las futuras traiciones que maquinaban.

Cesaron con esto los pretextos para no recibir a D. Juan y entregarle el mando, y proclamáronle Gobernador en Lobaina con gran asistencia de caballeros, verdadero regocijo de algunos y falsía y fingido entusiasmo de todos los restantes. Dirigióse de allí a Bruselas a pesar de los avisos que del leal Conde de Berlaimont tuvo de que allí se conspiraba contra su libertad y su vida. Llegó el 4 de Mayo a vista de la ciudad, y una hora antes de su entrada estalló dentro un motín ruidoso, promovido por los secuaces del Príncipe de Orange: un hombre ruin llamado Cornelio Straten cabeza de fascineroso y conocido agente de aquél, comenzó a arengar a la muchedumbre diciendo que no permitiesen la entrada en Bruselas del Austriaco traidor que con falsedad y engaño les traía la muerte; y con esto arrastró hacia las puertas de la ciudad un gran pelotón de gente perdida, que, arrollando a los guardias, echaron los rastrojos. Acudieron presurosos los Magistrados, y prendiendo a Straten, sosegaron el tumulto y quedaron libres las puertas. Minutos después llegaba D. Juan de Austria tranquilo y sereno mostrando su valor y grandeza de alma, porque

Monseñor Segá al salir de la Nunciatura de Madrid a su sucesor Monseñor Taberna, Obispo de Lodi, existe éste: «Al propio tiempo debe procurar la restitución por el monarca, de 50.000 escudos de oro que, del dinero de la Santa Sede, prestó en Flandes Mons. Segá a D. Juan de Austria para asuntos del Gobierno de los Países-Bajos».

para hacer alarde de su confianza en el pueblo, había despedido su guardia de alabarderos. He aquí cómo refiere Famiano Strada la entrada de D. Juan en Bruselas y sus primeros actos de Gobierno: «Mas el austriaco, á tiempo que salían de Flandes los españoles, con extraordinaria pompa, en medio del delegado del Pontífice y el Obispo de Lieja, con una cunplidísima comisión de todos los Estados, entró en Bruselas, siendo él quien hacía lucir más la pompa con su galante aspecto, su edad que no llevaba treinta y dos años; cargado de fama y de triunfos por mar y tierra y con tantos adornos representando a su padre el César Carlos, nombre grato y popular para los flamencos. Habiendo jurado solemnemente en la entrada de su Gobierno, comenzó a llenar todos estos títulos, con una clemencia increíble, con afabilidad rara, con todo género de agasajos, y con una inaudita liberalidad, empleada aun en los que menos obligado le tenían: en tanto grado, que los ciudadanos atraídos de la suavidad de su porte, borradas las primeras ideas de su imaginación, y desmentido cuanto les habían dicho en contrario, deshaciéndose en sus elogios, principalmente por verse por él libres algún día de la milicia forastera, se daban el parabién de que con el Austriaco hubiese vuelto a Flandes la felicidad antigua».

Felipe II escribió a D. Juan de Austria muy satisfecho de su conducta, dándole las gracias por sus trabajos y dejándole entender con claridad que no había motivo para desistir definitivamente de la jornada de Inglaterra. A catorce del pasado, le dice, os avisé de la llegada de Concha y del recibo de todos los despachos que trujo y de lo mucho que había holgado de entender el buen estado y término en que quedaban los negocios con el concierto que habiades tomado con los Estados y la satisfacción que me había dado por todo lo que vos en ellos habeis trabajado,

y esto ha sido de manera que no me contento con lo que os escribí entonces sino con daros de nuevo las gracias por ello, y certificaros que me da tanta satisfacción, que, aunque al amor que os tengo no se puede añadir más, el deseo de mostraros que estimo en mucho vuestros trabajos y el fructo y buen suceso que se sigue dellos en todos los negocios de mi servicio que os encomiendo será cada día mayor y me crecerá el cuidado de todo lo que a vos tocara, estando siempre muy cierto que cada día vos también me ireis poniendo en nuevas obligaciones, con durar en el mismo cuidado y trabajo que hasta aquí, para que las cosas de esos Estados se acaben de asentar y poner en el que conviene al servicio de Dios y mio; que aunque lo que hasta aquí se ha hecho es mucho, es sin comparación mucho más lo que se ha de conseguir por vuestro medio adelante... Y pues yo conozco esto, podeis creer que holgaré mucho de mostraros la voluntad que os tengo en todo lo que se ofreciere, y que las cosas se encaminen de manera que se pueda efectuar lo de Inglaterra».

Y a renglón seguido y como medio de llegar a esta conquista tan ansiada de D. Juan, le insinúa su opinión favorable al nuevo y extraño proyecto, inventado no sabemos por quién, de sustituir el matrimonio de D. Juan con María Estuardo, que había de costar sangre y dinero, con el matrimonio del mismo con Isabel de Inglaterra, a que ella parecía muy inclinada. «En lo del casamiento con la Reina de Inglaterra, lo que yo os puedo decir es que en tal forma y con tal intención se podía tratar y hacer, que se hiciese un gran servicio y sacrificio á Nuestro Señor, y el reducir aquel reyno a la Religión Católica es de suyo tanto honor y gloria que parece que no hay cosa porque no se debiese pasar».

Mas como D. Juan de Austria no quería ser rey de Ingla-

terra de cualquier manera y por cualquier camino, sino por vías de justicia y de nobleza, conquistando el reino con su espada, libertando a la reina legítima María Estuardo y partiendo el trono con ella por elección suya, desechó enérgicamente este otro camino de atajo, pero también de ignominia, que le llevaría al trono de Inglaterra pacíficamente, con el solo trabajo de unir su suerte a la de una usurpadora, escándalo de la Europa de entonces por su apostasía y por sus vicios. «No son tan de poco fundamento, contestaba D. Juan a su hermano, los oficios que va haciendo la Reina de Inglaterra en todas partes, que no se haya de mirar mucho la orden que puede haber para remediarlos; que como el mundo está ya tan lleno de herejes, tiene ministros muy eficaces en todas partes; y es cosa natural a los hombres a quien Dios dexa de su mano, tratar con mucho cuidado las cosas de acá, y así lo hacen esta desventurada Reina, y sus secuaces, de cuya vida y costumbres he oido y oigo tanto, *que ni burlando quiero que se trate de casamiento*».

Íbase ya entrando el verano, y como comenzaran a escasear las cartas de Madrid de extraño modo y no se diesen en ellas por entendidos de la falta absoluta de dinero que allí tenían, ni de los préstamos que, empeñando su propio crédito y juramento, habían recibido D. Juan y Escovedo, decidió aquél a fines de Junio enviar al Secretario a Roma, y de allí a España, para dar cuenta en aquélla a Gregorio XIII de todo lo ocurrido en el proyecto de Inglaterra, y para exigir en ésta al Rey el pronto reconocimiento y pago de la deuda contraída con el Papa, y el de las letras negociadas por Escovedo comprometiendo su crédito y honra.

Partió Escovedo a principios de Julio y despidióle don Juan en Malinas, tan ageno de que le enviaba a morir de una estocada, a traición, en una calleja de la corte de España.



HABÍA tan temerario valor en el hecho de entrarse D. Juan por un país rebelde en su mayor parte, y en no escasa hereje, solo, licenciadas ya sus tropas españolas, y sin más seguridad ni más guardia que la flamenca del Duque de Arschot, que el Príncipe de Orange y sus secuaces quedáronse admirados, sintiéronse perdidos y comprendieron que nada detendría a D. Juan si no le quitaban la libertad o la vida. Determináronse, pues, a esto, y los numerosos agentes de Orange, ayudados por los de la Reina de Inglaterra, derramaronse por todo el país esparciendo, para preparar el terreno, hábiles calumnias contra D. Juan de Austria que interpretaban aviesamente todos sus actos y tornaban poco a poco odioso su Gobierno y su persona misma. Quiso entonces D. Juan, fiel siempre a la política de paz que se le había encomendado, tratar con él a fin de atraerle, y envióle a decir con el Duque de Arschot que las provincias de Holanda y Zelanda eran las únicas que no habían firmado aún el *Edicto perpetuo*, y

pues que estaban bajo su mando, a él confiaba este cuidado. Quitóse entonces el de Orange aquella máscara con que encubría sus ambiciosos y perversos designios, tan espesa que le había valido el sobrenombre de *Taciturno*, y contestó a Arschot que Holanda y Zelanda no firmarían nunca el Edicto perpetuo, porque siendo ambas provincias calvinistas no podían ni debían comprometerse a conservar la fe romana; y quitándose el sombrero y dejando al descubierto su cabeza calva, dijo sonriendo al Duque:—¿Veis esta calva?... Pues sabed que yo no soy más calvo en la cabeza que en el corazón.—Con cuyo juego de palabras quería dar a entender el traidor que él también era *calvinista*, y quedando ya al descubierto su apostasía, rompióse toda esperanza de concierto.

Prosiguió en efecto Orange aún más crudamente desde entonces la infame guerra de calumnias y pérfidias astucias que hacía D. Juan de Austria, y continuó también con el mayor descaro la que hacía antes solapadamente a la Iglesia Católica en las provincias de Holanda y Zelanda: persiguió a los clérigos, expulsó a los religiosos, destruyó templos y altares, fundió las campanas para hacer cañones, confiscó las rentas eclesiásticas en provecho de su bolsillo o del de sus partidarios, y desde los pulpitos de las iglesias católicas hizo que ministros herejes predicasen las odiosas doctrinas de Calvino. Ante tan impía insolencia, propuso D. Juan a los Estados que juntasen sus tropas a las del Rey para hacer la guerra al de Orange y arrancarle aquellas provincias que tenía usurpadas: mas los estados desecharon su propuesta con tan vanos pretextos, que hartó comprendió D. Juan que existían entre ellos y Orange mutuas y secretas inteligencias. Mientras tanto cundía más y más en Bruselas la desconfianza y hasta el odio que iban sembrando contra el Austriaco los agentes y partidarios de Orange

el taciturno: descarábanse éstos poco a poco hasta llegar a distinguirse públicamente por gorras especiales y medallas con letreros alusivos, y las autoridades y diputados insolentábanse hasta el punto de que habiendo mandado llamar D. Juan al Magistrado de Bruselas, que es como si dijéramos hoy el Alcalde, le contestase éste que viniese él a verle, porque no era costumbre que el Magistrado oyese a nadie sino en las Casas de la Villa.

Llegó en esto la solemne fiesta de Bruselas, que acostumbraban a celebrar los Magistrados con un banquete en las Casas de la Villa, presidido siempre por el Gobernador General. Recibió D. Juan varios avisos de que no asistiese al banquete, porque algo se tramaba contra su persona: mas temeroso él de mostrar desconfianza a los Magistrados, presentóse a ocupar su puesto, acompañado de ochenta mosqueteros de su guardia, que tenían orden de no matar ni herir a nadie, sucediera lo que sucediera. A la mitad del banquete un tropel de sediciosos atacó la Casa de la Villa con intento de allanarla, profiriendo injurias y amenazas contra el Austriaco. Rechazáronle los mosqueteros sin herir a nadie, pero siendo heridos muchos de ellos, y retiróse D. Juan con los que quedaban ilesos, encargando a los Magistrados el castigo de los culpables: mas éstos desentendiéronse de ello y dejáronles impunes, para dar a entender a D. Juan que no consideraban digna de castigo la afrenta hecha a su persona.

Supo entonces éste que el Barón de Hesse y el Conde de Lalain con otros dos grandes señores, herejes pertinaces, se habían reunido una noche en casa de otro Grande y concertado con el Embajador de Inglaterra y más de quinientos vecinos, prender a D. Juan o matarle, si resistía, en la primera ocasión oportuna que se presentase; que pensaron ellos podía ser muy bien la procesión del Santísimo Sacra-

mento, que llaman en Bruselas del *Milagro*, que se celebra el 3 de Julio, presidida siempre por el Gobernador General. No quería D. Juan romper con los Estados, que consentían todo esto, y prefirió más bien evitar el peligro disimuladamente marchando a Malinas con el pretexto de arreglar las cuentas de las tropas tudescas que pedían sus pagas atrasadas. Mas tampoco allí le creyeron seguro sus amigos y así se lo avisaron; porque rabiosos los conjurados al ver que se les escapaba la presa, armaban milicias y tomaban el camino de Luxemburgo, que era lugar tranquilo donde podía refugiarse el Austriaco, y el de Italia, por donde podrían volver las tropas españolas. Juzgó prudente el pacientísimo D. Juan disimular todavía, y halló otro pretexto nada sospechoso para salir de Malinas sin volver a Bruselas, y acercarse cada vez más a lugar fuerte y seguro: dirigióse a Namur, con grande calma y sosiego, para recibir a la Reina de Navarra, Margarita de Valois, que pasaba por allí para tomar en Lieja las aguas medicinales de Spa. Era esta señora la famosa Reina Margot, primera mujer de Enrique IV de Francia, en el apogeo entonces de su ponderada belleza y en el período creciente de su seductora coquetería, que había de degenerar al fin, como de ordinario acontece, en disolución completa y vergonzosa.

Entró la Reina Margot en Namur el 24 de Julio en una litera toda de cristales, regalo de D. Juan de Austria: tenía esta litera grabados en los vidrios cuarenta versos en español y en italiano, todos alusivos al sol y sus efectos, que simbolizaba galantemente el poeta en la hermosa Reina. Cabalgaba D. Juan de Austria a su derecha y rodeábanles cuarenta archeros guardando sus personas: precedíanles una compañía de arcabuceros de a caballo y cien tudescos formados en dos hileras, y seguíanles la Princesa de la Roche-sur-Yone en su litera, Mme. de Tournon en la suya,

diez doncellas de honor a caballo, tan hermosas, coquetas y alborotadas como su dueña, rodeadas de multitud de caballeros que las servían y galanteaban, seis carrozas con el resto de damas de honor y demás servidumbre femenina, y una escolta de lanceros a caballo.

Cuatro días permaneció la Reina Margot en Namur, obsequiada por D. Juan continua y espléndidamente: comían a las once en alguno de los deliciosos jardines que allí había, y seguía el baile hasta la hora de vísperas, que iban a oirlas devotamente en algún convento de frailes. Paseábanse después a caballo y cenaban a las siete, también al aire libre, en los jardines, siguiéndose otra vez el baile o románticos paseos por el río, a la luz de la luna, con deliciosa música. Asistían a todas estas fiestas el Obispo de Lieja, que allí había venido, los Canónigos y multitud de caballeros nacionales y extranjeros, entre los cuales hacía Margot su traidora propaganda: porque aquella mala mujer, que siempre lo fué mucho por diversos conceptos, hallábase también en connivencia con el Príncipe de Orange, y trabajaba disimuladamente en favor del Duque de Alençon, su hermano de ella, a quien quería el Taciturno nombrar Gobernador de Flandes una vez preso o muerto don Juan de Austria. Sabíalo éste, y la misma Margot, que prendada de él no le deseaba mal alguno, dióle varios avisos muy útiles; por ella supo que los conjurados de Bruselas tenían ya inteligencias en el mismo Namur para ejecutar allí sus perversos designios, y entonces fué cuando de acuerdo con el leal Conde de Barlaimont y sus hijos, resolvió retirarse al castillo de Namur y romper con los Estados.

Ignorábase sin embargo qué gente había en el castillo y hasta qué punto podía contarse con el Alcaide Mos de Ives: urgía el tiempo y tiróse entonces un plan cuya ejecución refiere Vander Hammen de la siguiente manera: «Mos

de Hierges, el hijo mayor del Conde de Barlaimont, dijo que él se iría a dormir aquella noche al castillo, porque Mos de Ives, el castellano, era muy su amigo; que su Alteza se fuese por la mañana a caza, y al pasar, si le pareciese se podía meter en el castillo, se pondría una mano en la barba, que sería la seña, y si no se encomendase a Dios y se salvase. Convinieron en el modo y ejecutáronlo en el siguiente día, sin avisar al Consejo de Estado ni a los diputados, por no fiarse de ellos. Fingió, pues, ir a caza, y pasando por la puerta del socorro del castillo preguntó qué cosa era. Respondiéronle que uno de los mejores de Flandes. Monsieur de Barlaimont dijo entonces:—Mi hijo el mayor está dentro: ¿gusta V. A. que le llamemos por si quiere ir también a caza? El Sr. D. Juan paró el caballo y mandó le llamasen. Bajó a la puerta: preguntóle Su Alteza qué había sido la causa de irse a dormir a un castillo y dejar la ciudad, y de aquí trabaron plática. En medio de ella, diciéndole:—*Si le queréis ver, pues era temprano, se holgaría mucho*—le hizo la seña. El Sr. D. Juan se volvió al Duque de Arschot y al Marqués de Havré y les dijo—De mañana es, veámosle.—Con esto llegó a la puerta y se apeó, con una pistola en la mano que del arzón había sacado. Llevaba veinticuatro lacayos españoles delante. Mos de Ives, como las cosas no estaban en rotura, mandó abrir la puerta a los pocos walones que había de guarnición (soldados viejos y cansados de larga guerra) y los veinticuatro lacayos entraron dentro y barajaron el cuerpo de guardia. El Sr. D. Juan, puesto a la puerta, dijo:—Todos los que fueren servidores del Rey mi señor, se metan aquí conmigo—y vuelto a Ives le dijo—que no temiese, porque se apoderaba del castillo por el Rey su señor, cuyo era, para librarse de una conjuración hecha contra él.—Encargóle las llaves y dió licencia de irse a los que no quisiesen que-

dar con él. No se movió nadie, antes subieron todos con él. Arriba apartó al Arschot y al Havré a un lado, y les dió a entender cómo sabía todo lo que pasaba y el trato que tenían hecho y mostróles cartas suyas. El Duque, viéndose convencido, ofreció en nombre de los Estados reconocerle por Señor de Flandes y que voluntariamente se vendrían todos a su obediencia si gustase admitirlos por vasallos: pero el Sr. D. Juan le reprendió muy ásperamente por aquella oferta y le dijo muy malas palabras. Acción heroica y tentación tan grande que solo pudo hallar resistencia en su propia fidelidad y ánimo tan brioso. Acabada la plática se salieron del castillo los dos y se fueron a la ciudad, donde tenían sus mujeres: pero en llegando a ella huyeron y asimismo Mos de Capres y los más soldados que habían venido a prender a Su Alteza, y con tanta prisa que apenas recogieron su ropa, diciendo no tenían ya que hacer allí, pues se les había escapado. Siguióles el Abad de Meroles, limosnero mayor de D. Juan, astuto y poco fiel, con algunos pocos más. Supo el Sr. D. Juan la huída del Duque y el Marqués, y al punto despachó tras ellos a Octavio Gonzaga con poco más de veinte caballos para hacerles volver, pero llevaban tan buena gana de huir que no les pudieron alcanzar».

La Duquesa de Arschot y la Marquesa de Havré, que estaban en Namur, indignáronse de la ruin conducta de sus maridos y escribieron a D. Juan protestando y ofreciéndose ellas por rehenes. Contestóles D. Juan *que no acostumbraba a prender damas, sino a servillas*, y envióles 500 escudos para que fuesen a reunirse con sus maridos. Mas tan apurada era la situación de D. Juan, que hasta estos 500 escudos hubo de pedirlos prestados a los señores y criados que le habían seguido... Y no era esto, con serlo tanto, lo más angustioso de la situación de D. Juan: éralo que Felipe II